



«El treinta y cuatro por ciento de los españoles reconoce beber más de cinco copas al día, al menos una vez a la semana». / R. ABELLA



SÁBADO DE GUARDAR
 por Rubén Abella

La sabiduría de Mme. Wyatt

De un tiempo a esta parte, cuando expreso mi opinión sobre ciertos asuntos, la gente me tilda de pesimista. Pronuncian la palabra con impaciencia y una brizna de desdén, dejando bien claro que soy un aguafiestas, que no puedo ir por ahí diciendo en voz alta que las cosas van mal. Y me llama la aten-

ción porque siempre me he considerado una persona optimista. Un ingenuo, casi. Pero una cosa es ser optimista y otra no tener ojos en la cara. Pongamos, por ejemplo, lo que está ocurriendo en España.

Sé que hemos vivido tiempos peores –no hace falta que les recuerde que hace setenta y cinco años libramos una guerra atroz contra nosotros mismos–, pero eso no quita para que la situación actual sea penosa. Permítanme que les ponga un ejemplo sintomático. Son las diez de la noche de un día entre semana y en Telecinco ponen un concurso que se llama *El juego de tu vida*. Para aquellos que no lo hayan visto, la cosa va así. Sientan a un concursante en una butaca, delante de sus seres queridos. Luego lo conectan a un polígrafo y empiezan a hacerle preguntas comprometidas. Cuanto más sincero es, más dinero gana. Si miente, lo descalifican. Bien, pues la noche de la que les hablo, la presentadora –Emma García– le dice al concursante –un hombre de mediana edad con cara de póquer– si no es verdad que en más de una

ocasión se ha aprovechado del puesto que ocupa en un ayuntamiento para lucrarse ilegalmente. Tras varios segundos de dramático suspense, acentuado por una música de película de miedo, el hombre contesta que sí. A continuación se vuelve hacia la presentadora, se encoge de hombros, sonríe y exclama: «¡Todo el mundo lo hace!». A mí me parece el acabóse –un funcionario corrupto aireando sus tejemanejes en televisión–. El público, sin embargo, no parece pensar lo mismo, ya que lejos de indignarse ante semejante desvergüenza, rompe en una sonora carcajada y le dedica al concursante una larga y entusiasmada ovación –a la que, por cierto, y para mi más hondo desmayo, se unen también los seres queridos–. En cualquier país razonable ese hombre habría ido derecho al juzgado. Pero aquí es diferente. Aquí no pasa nada. Aquí lo que nos gusta es que la gente sea natural y sincera. Aquí admiramos a Jesús Gil, que era muy malo. O a Luis Roldán. O a Mario Conde. O a Julián Muñoz. O al Dioni. A los listos, vaya. A los que llegan a los sitios adelantando por la derecha. No sé que les parecerá a ustedes. Yo creo que algo huele mal en Dinamarca.

Pero déjenme que siga. Estamos en plena crisis económica, eso todo el mundo lo sabe. El Estado está endeudado hasta las cejas. Casi medio millón de familias han perdido sus casas. El paro alcanza niveles históricos, en especial entre los jóvenes. La gente quiere trabajar, pero no puede. Y resulta que, según se hizo público recientemente, cada día un millón y medio de trabajadores faltan sin justificación al-

guna a su puesto de trabajo, y un setenta y siete por ciento de los que sí van a trabajar pasan buena parte del día conectados a las redes sociales y enviando correos electrónicos de carácter personal. O sea, que también hay mucha gente que puede trabajar, pero no quiere, lo cual nos cuesta a todos miles de millones de euros anuales. Y yo me

Nuestros jóvenes están desnortados. Nuestros políticos no dan la talla

Para que te tengan por sabio hay que ser un pesimista que predice finales felices

pregunto: ¿Qué nos pasa? ¿Es que no queda nadie en España que pueda trabajar y quiera?

Más cifras. Nuestro país está a la cabeza en el consumo de cocaína en Europa –tres de cada cien españoles de entre quince y sesenta y cuatro años la consumen–, y se encuentra entre los países que abusan del alcohol con más frecuencia –el treinta y cuatro por ciento de los españoles reconoce beber más de cinco copas al día al menos una vez a la semana–. Lo pasamos bien, de eso no hay duda. Lo que no nos hace tanta gracia es estu-

diar. El treinta y uno por ciento de los jóvenes españoles no concluye la educación secundaria, más del doble que la media europea. Cerca de un cuarenta por ciento de las personas de veinte años no son capaces de entender el editorial de un periódico –muchos de mis alumnos no saben lo que significa «pernoctar», dicen «andamos» en vez de «anduvimos» y piensan que un saurio es una especie arbórea–. Y, como constató recientemente *The New York Times*, en España casi nadie habla inglés –ni ningún otro idioma– como Dios manda. Salvo raras excepciones, nuestras universidades son mediocres –por decirlo de una forma amable–. Nuestros jóvenes están desnortados. Nuestros políticos no dan la talla. Falta decencia y sobra corrupción. No hacen falta cifras para constatar todo esto. Y por si eso fuera poco, me entero de que en España sólo hacemos el amor ciento veintitrés veces al año. Muy pocas, comparadas con las ciento cincuenta y dos de los fogosos búlgaros. Si don Juan Tenorio levantara la cabeza...

Estoy leyendo una estupenda novela de Julian Barnes titulada *Amor, etc.* En ella, una mujer llamada Madame Wyatt afirma, no sin cierta sorpresa, que hay personas que la consideran sabia, y explica que eso se debe a que ha aprendido a ocultarles su pesimismo. «Para que te tengan por sabio», concluye lacónicamente, «has que ser un pesimista que predice finales felices». Me cuesta admitirlo –qué quieren, uno tiene su orgullo–, pero eso me convierte en un pobre insensato. Al menos a la luz de este artículo.

